

radas igualmente por ella, el amor á la patria y el de la humanidad. La revolución de América dió nuevo alimento á estas esperanzas; inspiró á Condorcet estas palabras profundas acerca de la solidaridad del género humano; las más bellas que ha escrito un filósofo: "Cuanto más pueblos libres existan, más se asegura la libertad de cada uno. Y aun creo que mientras exista sobre el globo una gran nación esclava, ni se ha decidido la causa del género humano, ni sus cadenas se han roto definitivamente," (1).

Acabamos de oír á un filósofo. Hé aquí un poeta que, invocando las leyes de la naturaleza, llega también á la fraternidad y á la solidaridad de los pueblos: "La misma política, dice Bernardino de Saint-Pierre, que, por fortuna, une á todas las familias de una nación, debe unir entre sí á todas las naciones, que son las familias del género humano. Todos los hombres se comunican, aun sin pensarlo, sus males y sus bienes de un extremo á otro de la tierra. Considerando nada más que los bienes de la naturaleza, véanse nuestros campos. Casi todos los vegetales que los enriquecen los debemos á los Egipcios, á los Griegos, á los Romanos, á los Americanos, á pueblos salvajes. El lino viene de los bordes del Nilo, la viña del Archipiélago, el trigo de Sicilia, el nogal de la Creta, el peral del monte Ida, la patata de América, el cerezo del reino del Ponto... ¡Qué preciosa armonía forma hoy el conjunto de esos vegetales extranjeros en medio de nuestras campañas francesas! Esta misma armonía debe establecerse también entre los hombres: "Todos somos solidarios. La felicidad de cada hombre va unida á la felicidad del género humano. Debe trabajar para el bien general, porque de él depende el suyo." Esto mismo sucede con los pueblos; la felicidad de uno de ellos depende de la de sus vecinos. Estas ideas son las de Fénélon y de los economistas. Falta la cuestión de organización. También en este punto Saint-Pierre opina como Mirabeau: quiere una asociación general de los pueblos, como *El Amigo de los hombres*: "Enrique IV había formado el proyecto celeste de hacer vivir á toda la Europa en paz; pero su proyecto no era bastante extenso para prevalecer; la guerra hubiera venido de las otras partes del mun-

(1) CONDORCET. Discurso de recepción en la Academia francesa (1782).—Carta de un ciudadano de los Estados Unidos á los Franceses (Obras, t. x y xii).

do. Nuestros destinos están unidos con los del género humano. Las lágrimas de los hombres en el nuevo mundo hacen correr su sangre en el antiguo, y el grito de guerra de un salvaje á orillas de un lago ha resonado más de una vez en Europa y ha turbado el reposo de los reyes," (1).

No pidamos á un poeta ideas más preciosas acerca de la sociedad del género humano; sus sentimientos tienen más importancia que sus proyectos. Demuestran el movimiento de los espíritus. En el siglo pasado tenía lugar un trabajo de cosmopolitismo que pudiera calificarse de excesivo, porque amenazaba absorber cuanto hay de individual en la creación. Cosa singular, en Alemania es donde esta tendencia se manifestó con más fuerza. Los Alemanes tienen en tan alto grado el sentido de la personalidad, que parece que no experimentan la necesidad de afiliarse á una sociedad particular; el individuo y la humanidad les bastan. Diríase que les falta la idea de patria. Tal es al menos el espectáculo que presenta la literatura en el siglo XVIII. Lessing, genio universal, poeta, filósofo, teólogo, crítico, artista, tiene la misma universalidad en sus aspiraciones políticas. Es de la familia de los Leibnitz. Fué contemporáneo de la lucha violenta que Federico II sostuvo contra toda Europa. El heroísmo del rey y de su valiente ejército inspiró á un poeta: los cantos del granadero Gleim animaban á los Prusianos y los sostenían en sus combates de gigantes. Aquellos cantos produjeron muy distinta impresión en Lessing, el amigo del poeta que escribía á Gleim: "¡El patriota absorbe al poeta, y qué patriota! un patriota bajo la forma de un granadero, violento, ciego é injusto." Lessing no reniega por completo del amor á la patria, pero á condición de que el patriotismo no le haga olvidar que es ciudadano del mundo. Gleim se manifestó poco satisfecho de semejante juicio. Entonces Lessing insistió, confesando, para su vergüenza, dice, que no tenía idea alguna del amor á la patria, que el patriotismo le parecía un defecto, una debilidad heroica si se quiere, pero sin la cual, por su parte, se pasaba muy bien (2). Con este espíritu escribió Lessing sus *Diálogos sobre la francmasonería*. Dice que la reunión de los hombres en so-

(1) Votos por las naciones (Obras t. i, p. 711).—Estudios de la naturaleza (t. i, p. 148 y 418).

(2) LESSING, Cartas á Gleim, de 1758 y de 1759 (Obras, t. xii, páginas 125, 127, ed. Lachmann).

ciudades, si bien une á los individuos, se ha convertido en una nueva causa de división. En efecto, cada una de esas sociedades particulares tiene su interés especial, con el cual los miembros del Estado se identifican naturalmente. Es imposible que estos intereses diversos dejen de oponerse. Y entonces ¿qué resulta? Que se destruye el vínculo que la naturaleza ha establecido entre todos los hombres. Un Alemán no ve ya un hermano en un Francés, sino un enemigo, y los Franceses y los Ingleses se detestan con la misma cordialidad. Las religiones se localizan así como las costumbres y las leyes. Y sabido es cómo se aman un cristiano y un judío, sin hablar del amor que los católicos y los protestantes se profesan mutuamente.

Hé aquí el mal, pero ¿dónde está el remedio? Hay uno que sería heroico, es la sociedad del género humano. Queda la dificultad de establecerla y organizarla. Lessing no es un espíritu político como Turgot, y menos aún un utopista como el abad de Saint Pierre. Toma el hecho tal como existe, y se pregunta de qué modo pueden combatirse y neutralizarse en cierto modo los funestos efectos de los odios nacionales. Lessing imagina un medio que pareciera singular como la dieta del abad francés, una francmasonería filosófica. Los francmasones de Lessing no van tan lejos como el corresponsal de Gleim; admiten el patriotismo, pero no creen que el amor á la patria deba manifestarse por el odio al extranjero, por la guerra y la destrucción; si son patriotas, también son ciudadanos del mundo. Respetan la religión, pero no están convencidos que su fe sea la verdad absoluta; creen con Lessing que la religión es una educación, que, por consiguiente, debe variar según los tiempos y los lugares: no niegan, pues, la verdad, pero están persuadidos de que no se revela más que progresivamente, por el intermedio del espíritu humano; esta creencia no les impedirá ver hermanos en los judíos, en los mahometanos y en los budhistas (1).

No califiquemos todo esto de sueño y de utopía. Miremos alrededor nuestro y descubriremos más de uno de esos francmasones; y, cosa singular, se entienden, participan de las mismas creencias, tienen las mismas aspiraciones sin haberse visto nunca ni conocido. Hay, pues, una sociedad invisible, que se forma bajo la inspiración de Dios y que se

(1) LESSING, t. x, p. 268-271.

extiende á medida que el pensamiento se emancipa de los lazos de un dogma exclusivo y que el hombre sacude los hierros que le encadenan, primeramente á una familia, después á una ciudad, más tarde á un Estado. Esta sociedad invisible no impide la existencia de los Estados particulares ni de religiones particulares, pero tiende á armonizar los intereses opuestos de los pueblos, de la misma manera que trata de reducir los cultos á una unidad superior. El bien que ha realizado ya nos da la certidumbre de que acabará por conseguir su objeto dentro de los límites de la imperfección humana.

Tales son también las esperanzas de Herder, una de las almas más generosas que han aparecido sobre esta tierra. Sacerdote cristiano, se ha elevado por cima del estrecho espíritu de secta, para abrazar en su pensamiento todos los hombres y todas las naciones. Es cristiano, pero su religión no tiene nada de común con el cristianismo tradicional; es más bien lo contrario de éste. Herder procede del helenismo por lo menos tanto como del Evangelio. No tiene nada de ese sombrío misticismo que ve en el hombre una criatura caída, en la naturaleza una creación viciada. Cree como Rousseau que todo es bueno saliendo de las manos de Dios, en lugar de condenar á la naturaleza, quiere que su voz sea escuchada y seguida. Herder es un miembro de la francmasonería filosófica imaginada por Lessing. Reproduce su diálogo en las *Cartas sobre el desenvolvimiento de la humanidad*, añadiendo una piedra al edificio á que todo hombre está llamado á contribuir. Pero no es un simple obrero albañil, un masón, es un gran dignatario. Gracias á él, nuestra sociedad invisible da un paso considerable hacia su constitución definitiva. La idea á que ha unido su nombre es la de la humanidad (1).

¿Qué es la humanidad? Todos somos hombres. La humanidad es el carácter de nuestra especie; nos es innata, pero al nacer no tenemos más que el germen, y este germen necesita ser cultivado. Tal es nuestra misión, tal debe ser el fin de todos nuestros esfuerzos. En el desarrollo del principio de humanidad consiste nuestra esencia divina. Todos los grandes hombres, legisladores, filósofos, poetas, artistas, industriales, ciudadanos, han contribuido á esta obra sin fin, por su enseñanza, por

(1) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität* (Obras, tomo xxxv, p. 104-113).

su ejemplo, por sus actos. Herder es historiador filósofo. Busca en la historia, y no en vanas abstracciones, las leyes que rigen á la especie humana. Observa con satisfacción que la humanidad se manifiesta ya en la infancia de los pueblos. En medio de las guerras incesantes que desolaban la Grecia de la edad heroica, Homero manifiesta una dulce conmiseración por los males de los hombres. Así, al lado del amor de nosotros mismos, nace la humanidad que nos hace sentir los males de nuestros semejantes y nos impone el deber de compadecerlos y buscarles remedio. Los legisladores y los sabios procuraron desarrollar estos sentimientos, santificar estos deberes, y fundaron de este modo el más antiguo derecho de los pueblos. Fue un deber religioso no matar y socorrer á los débiles, curar á los heridos, sepultar á los muertos. La religión dulcifica las relaciones del indígena con el extranjero y acaba por hacer la piedad extensiva hasta á los enemigos. Toda religión es amor á la humanidad (1).

La humanidad, tal como Herder la concibe, conduce también á esta misma ley de solidaridad que los economistas habían fundado sobre la identidad de lo justo y de lo útil. ¿Cuál es el carácter distintivo de la humanidad? Que la felicidad de todos dependa de los esfuerzos de todos. Nuestra dignidad moral, así como nuestra felicidad, están unidas por un vínculo indisoluble con el destino de nuestros semejantes. Así es que no podemos ser felices mientras hay un esclavo desgraciado por la falta de los hombres; porque las malas instituciones que le hacen desgraciado vienen de los hombres y obran de rechazo sobre nosotros. La codicia, la tiranía, el espíritu de dominación que devastan y explotan todas las partes del mundo residen en nosotros; el mismo egoísmo mantiene bajo el yugo á Europa y á América. Pero también todos los buenos sentimientos, todas las buenas acciones de un hombre, influyen sobre todos los hombres. Las tendencias de nuestra naturaleza pueden formularse en esta ley suprema: *Nadie para sí solo, cada uno para todos* (2).

Decimos que la sociedad invisible, imaginada por Lessing, ha dado un paso con Herder: en efec-

(1) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, números 24, 25.—Id., *Zur Philosophie der Geschichte*, IV, 6.

(2) HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*, número 67.

to, determina su carácter y su fin, y lo hace dirigiéndose á la naturaleza del hombre y á la ley que Dios ha dado á la humanidad. Eso es todavía muy vago, se dirá, y no se ve cómo ha de organizarse nuestra sociedad general. Pero precisamente esta falta de organización constituye la superioridad de la doctrina de Herder. ¿Por qué el abad de Saint-Pierre, cuyas tendencias eran tan generosas como las del filósofo alemán, se ha hecho ridículo con el exceso de sus buenas intenciones? Porque ha querido dar cuerpo á una sociedad que no tiene más que espíritus. Herder hubiese sido más ridículo aún si hubiera querido escribir una constitución para una sociedad mucho más vasta que la de Saint-Pierre, la sociedad del género humano. Succede con la sociedad invisible de los filósofos lo mismo que con la Iglesia invisible de los protestantes: todos los días hace conquistas, sin que sea posible consignarlas; y si un día abarca la humanidad entera, no tomará forma exterior, porque los espíritus, por su esencia, están libres de toda ley, de toda dominación cuya sanción sea la fuerza. Su asociación no pierde por eso nada de su poder.

Citemos un miembro más de esta sociedad espiritual. Es un poeta, amigo de Herder y de Goethe, es *Wieland*. Escribió en 1788 un diálogo sobre el orden de los *cosmopolitas*. Este título sólo indica que el autor abunda en las ideas de Lessing. Los cosmopolitas son ciudadanos del mundo, en la más alta acepción de la palabra, porque consideran á todos los pueblos de la tierra como ramas de una sola familia y al universo como un Estado en que tienen por compatriotas una infinidad de seres racionales. Están por encima de toda preocupación de raza, de nacionalidad, de religión. Disminuir el mal y aumentar el bien, tal es el fin de sus esfuerzos (1). En su cualidad de poeta, Wieland está dispensado de dar una fórmula precisa á su pensamiento. Llama á los pueblos á una gran alianza, que debe acabar por abrazar á todo el género humano. ¿Cuál será el régimen de esta inmensa sociedad? *Wieland*, como Lessing, se preocupa muy poco de las nacionalidades. Su patria es el mundo. Como último término de la fraternidad y del cosmopolitismo, concibe una república universal, ó, si se quiere, una monarquía universal; pero cuál es

(1) WIELAND, *das Geheimnis des Kosmopoliten Ordens* (Obras, tomo XXX, p. 406 y siguientes).

el monarca? La razón. ¿Cuáles las leyes? Las que la razón da á conocer á los hombres y Dios ha grabado en su conciencia (1).

Hemos llegado á los límites extremos del movimiento que traía consigo el siglo XVIII. Se ve que no está exento de escollos; antes de señalarlos, debemos decir algo de un país cosmopolita por esencia, pero que ha sacrificado por mucho tiempo su nacionalidad y su independencia á su misión. Italia tenía á principios del siglo pasado un pensador original, en el sentido de que no se relacionaba con ninguna escuela moderna, *Vico* vive por completo entre los antiguos. Había también en la antigüedad una escuela filosófica que profesaba el cosmopolitismo; esta doctrina puede reivindicar la filiación más gloriosa, porque se remonta á Sócrates. No conocemos nobleza más ilustre. De ella procede *Vico*. No se encuentra bien en las pequeñas ciudades de Italia, encerradas en muros trazados por el arado; el puro cielo de su patria, que parece encendido por los astros, le revela una ciudad más vasta; no la han fundado las leyes pasajeras de los hombres, tiene por fundador á aquel que ha dispuesto las leyes eternas de la creación. ¿Cuáles son los miembros de esta ciudad de Dios? Aquí reaparece el genio aristocrático de los antiguos. Solamente la sabiduría da derecho de vecindad en la ciudad de los sabios. ¿Quién la gobierna? No hay necesidad de decir que no hay más legislador que la razón. La razón tiene su principio en Dios, y por eso se la llama también sabiduría divina. Solamente el sabio puede, pues, llamarse ciudadano del mundo (2).

Si la sociedad universal no hubiese de comprender más que á los sabios, no estaría más poblada que la celeste Jerusalén, donde residen los elegidos. Conviene ver estas aberraciones de la filosofía; así se comprende mejor la necesidad providencial de una escuela cuyas aspiraciones parecen menos elevadas, pero que, en realidad, tiene simpatías más generales que los filósofos y los teólogos. La economía política tiene nobles representantes en Italia. Para no dar una extensión desmesurada á nuestras investigaciones, nos vemos obligados á citar un nombre cuyos generosos sen-

(1) WIELAND, *Gespräche unter vier Augen*, VII y I (t. XXXII, página 172 y 6).

(2) VICO, *Discurso premiado en 1700* (MICHELET, *Opusculos de Vico*).

timientos no renegará la escuela italiana. Citaremos algunas palabras de *Filangieri* que demuestran cuán superior es la doctrina económica á un cosmopolitismo que excluye de la ciudad de Dios á todos aquellos á quienes no ha iluminado la sabiduría con sus rayos celestes; es decir, á la inmensa mayoría del género humano. "Mientras no se hayan curado los males de la humanidad, dice el publicista italiano, mientras los errores y las preocupaciones que perpetúan esos males encuentren partidarios, *mientras la verdad, conocida solamente de algunos hombres privilegiados, sea desconocida de la mayor parte del género humano*, el deber del filósofo economista es predicarla, sostenerla, ilustrarla. Si las luces que difunde no son útiles á su siglo, á su patria, lo serán seguramente á otro Estado. Ciudadano de todos los países, contemporáneo de todas las edades, el universo es su patria, la tierra es su cátedra, sus contemporáneos y sus descendientes serán sus discípulos."

## II

El cosmopolitismo tiene sus escollos; amenaza absorber y destruir lo que hay de individual en la naturaleza, y en primer lugar las nacionalidades. Había en el siglo XVIII, al lado de los filósofos cosmopolitas, pensadores que idealizaban las repúblicas de la antigüedad, y, por consiguiente, el patriotismo, tal como se le comprendía en Esparta y Roma. Á su cabeza figura *Rousseau*. El ciudadano de Ginebra aprecia muy poco la filantropía que abraza al género humano. Confiesa que el patriota es duro para con los extranjeros; pero lo esencial, dice, es el ser bueno para las gentes con quien se vive. "En el exterior, el Espartano era ambicioso, avaro, inicuo; pero dentro de sus muros reinaban el desinterés, la equidad y la concordia. Desconfiad de esos cosmopolitas que van á buscar lejos en sus libros deberes que no se dignan cumplir cerca de sí. Hay filósofo que ama á los Tártaros para dispensarse de amar á sus vecinos." *Rousseau* sabe que el patriotismo antiguo fomentaba los odios nacionales, pero esto no le importa; prefiere conservar el amor de la patria con el odio al extranjero á ver extinguirse los odios nacionales juntamente con el amor de la patria. ¿Qué son esos hombres que se llaman Franceses, Españoles, Alemanes é Ingleses? Hablan del bien público y no

piensan más que en sí mismos; no tienen más ambición que de lujo, más pasión que del oro. ¿Qué les importa el señor á que obedecen, el Estado cuyas leyes observan? Con tal que encuentren dinero que robar y mujeres que corromper, en todas partes están en su país (1). *Rousseau* no admite que se pueda ser á la vez patriota y cosmopolita; no pudiendo conciliar ambos sentimientos, da la preferencia al que le parece más natural y más útil para el Estado (2). «Es positivo que los mayores prodigios de virtud han sido producidos por el amor de la patria. Hé ahí por qué *Rousseau* ensalza á los Griegos y á los Romanos á costa de los pueblos modernos: «Cuando se lee la historia antigua, dice, se cree uno transportado á otro universo y entre otros seres» (3).

Es inútil insistir para probar el error de *Rousseau*; lo que dice de las virtudes de Esparta es un cuadro de imaginación. Es cierto que los antiguos concentraban al hombre en la ciudad, mejor dicho, le absorbían en la patria. También es verdad que el patriotismo exclusivamente desarrollado produjo acciones brillantes que pueden producir ilusiones acerca de las virtudes de los Griegos y de los Romanos. Pero para juzgarlos no debemos fijarnos en los Leonidas y en los Decios, es preciso ver en qué viene á parar aquél amor de la patria que parece tan sublime. Ahora bien, si, dejando á un lado la poesía, se considera la realidad de las cosas, se adquirirá el conocimiento de que la virtud que se celebra fué el principio de la decadencia de la antigüedad. Limitando todas las afecciones del hombre á la patria, el legislador daba una lección de egoísmo, que aprendieron demasiado bien los ciudadanos. Los descendientes de los Leonidas fueron propietarios egoístas, ricos que no pensaban más que en acumular bienes para procurarse todos los goces de la vida. En Roma, los vicios del antiguo mundo tomaron un desarrollo gigantesco. La

(1) *Emilio*, lib. 1.—*Discurso sobre las ciencias y las artes*.—*Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, c. 11.

(2) «Parece que el sentimiento de humanidad se evapora y se debilita al extenderse sobre toda la tierra, y que no podemos condolerlos de las calamidades de la Tartaria y del Japón como de las de un pueblo europeo. Es preciso limitar, en cierto modo, y comprimir el interés y la conmiseración para darles actividad. Ahora bien; como esta inclinación nuestra no puede ser útil más que para aquellos que viven con nosotros, es conveniente que la humanidad concentrada entre los conciudadanos tome en ellos una nueva fuerza por el interés común que á todos los une.»

(3) *Discurso sobre la economía política*.—*Gobierno de Polonia*, c. 11 y 12.

antigüedad acabó por perecer bajo la influencia de esa pasión disolvente que, después de haberlo subordinado todo á la patria, lo subordinó todo al individuo.

No es este ciertamente el modelo que *Rousseau* quería dar á los pueblos modernos. Lo que reprueba en el cosmopolitismo es la hipocresía de la humanidad; en cuanto al verdadero amor á los hombres, nadie lo ha predicado con más fe que él. Su *Emilio* está lleno de estas exhortaciones: «Enseñad á vuestro discípulo, dice, á amar á todos los hombres, y aun á aquellos que los desprecian; hablad delante de él del género humano con ternura y hasta con piedad, pero nunca con desprecio.» *Rousseau* ve muy bien que el amor de los hombres, para no degenerar en egoísmo, debe traspasar el reducido círculo de la familia, de la ciudad, de la nación: «Cuanto menos próximo á nosotros esté el objeto de nuestros cuidados, menos es de temer la ilusión del interés particular; cuanto más se generalice este interés, más equitativo se hace, y el amor al género humano no es en nosotros otra cosa que el amor á la justicia.» Los antiguos desarrollaron el ciudadano á expensas del hombre; sin embargo, el hombre es, ante todo, objeto de la educación y de la legislación; «Desatando los nudos que me sujetaban á mi país, dice *Rousseau*, me extendía por toda la tierra y me sentía más hombre dejando de ser ciudadano.» Hé aquí los sentimientos del siglo XVIII, que son seguramente superiores á la virtud antigua: «Me amo demasiado á mi mismo, dice el autor de las *Reveries*, para poder odiar á nadie. Esto sería estrechar, comprimir mi existencia, y yo quisiera extenderla más bien por todo el universo. Siento éxtasis, arrobamientos inexplicables al fundirme, por decirlo así, en el sistema de los seres, al identificarme con la naturaleza entera.»

El verdadero pensamiento de *Rousseau* es, pues, que el amor á la humanidad no nos haga olvidar los deberes que tenemos que cumplir con respecto á la patria. Si insiste más sobre ese amor es porque el cosmopolitismo vulgar amenazaba hasta la existencia de las naciones, representando el patriotismo como una preocupación digna de ser rechazada por un siglo ilustrado. Federico II, al leer semejantes atrocidades en los libros que se le enviaban de París, tomó la pluma y defendió enérgicamente en las *Cartas de Philopatros* un senti-

miento sin el cual no hay Estado, ni, por consiguiente, sociedad humana. Su corresponsal *d'Alembert*, uno de los jefes del movimiento filosófico, aplaudió la obra del regio escritor, y solamente protestó contra una acusación que parecía atacar á la filosofía: sostuvo que los malos libros en que se calificaba de quimera una afección tan legítima, el patriotismo, no eran obra de un verdadero filósofo (1).

### III

Hay, pues, dos sentimientos igualmente naturales, cada uno de los cuales tiene su legitimidad: el amor á la patria y á la humanidad. Es necesario conciliarlos; no se debe exagerar uno de ellos á expensas del otro. Pero ¿es posible esta conciliación? Un hombre que encerraba en su corazón todo el amor de que es capaz el corazón humano se ha preocupado de esta dificultad. Creemos que *Fenelón* ha dado la verdadera solución del problema que *Rousseau* declara insoluble: «Debemos más á nuestra familia, dice, que á los extranjeros. Debemos más á nuestra patria, en cuyo seno hemos sido educados y protegidos desde nuestra infancia, que á cualquiera otra sociedad de hombres. Pero cuando se trata del bien particular comparado con el bien general, se debe preferir siempre el segundo al primero. No es lícito conservarse arruinando á su familia, ni engrandecer á su familia perdiendo la patria, ni buscar la gloria de su patria violando los derechos de la humanidad.» Bajo este punto de vista aprecia *Fenelón* á los Espartanos; lo que dice de ellos responde de antemano á las declamaciones elocuentes del siglo XVIII: «Los Lacedemonios han abandonado todas las artes pacíficas, para no reservarse más que la de la guerra; y como la guerra es el mayor de los males, no saben más que causar males, desdeñan todo lo que no es la destrucción del género humano y todo lo que no puede servir á la gloria brutal de un puñado de hombres que se llaman los Espartanos. Otros hombres tienen que cultivar la tierra para alimentarlos, mientras que ellos se reservan para devastar y despoblar las tierras inmediatas» (2).

El cosmopolitismo presenta otro peligro más.

(1) *Correspondencia de d'Alembert y de Federico II* (Obras, tomo XVIII, p. 220, 225).

(2) *FENELÓN*, *Ensayos sobre el gobierno civil*.—*Diálogos*, XII.

Tiende á reducirlo todo á la unidad, y á fuerza de ver la unidad, pierde de vista la variedad. Esto es mutilar la creación, que se distingue precisamente por una diversidad infinita, sin que esta diversidad impida una unidad superior. Cuando *Lessing* dice que no sabe lo que es patria, cuando *Wieland* imagina que los hombres formarán una inmensa sociedad, sin distinción de naciones, destruyen, sin pensarlo, uno de los elementos de la vida, fuente principal de la misma, la individualidad. Es el panteísmo aplicado á las relaciones sociales, y el panteísmo político es tan falso como el panteísmo religioso. Afortunadamente es más fácil de combatir: basta atrir los anales del género humano, y en cada página se ven escritas las leyes que Dios le ha dado. Si ha dotado á las diferentes naciones de facultades diversas, es sin duda porque cada una tiene su misión en la obra de la humanidad. No nos asustemos por las oposiciones á que esto da lugar. El que las ha creado sabrá reducir las á la unidad. Regocijémonos más bien, dice *Herder*, como el sultán Solimán, de que en esta pradera esmaltada de la tierra haya tantas flores y tantos frutos diversos. ¿No es más bella esta rica variedad que una fastidiosa uniformidad? Esto no impide que *Herder* entrevea en el porvenir la unión de los pueblos, pero no los ve encadenados en una unidad artificial que mata la vida en lugar de desarrollarla. La gloria del filósofo alemán consiste en haberse atrevido, aunque cristiano, á sacar las consecuencias de tan elevada concepción hasta en la esfera de la religión. Espera que la misma fe unirá un día á todos los hombres; pero no quiere que se impongan á todos los pueblos los mismos usos, las mismas ceremonias, el mismo culto: quiere la variedad en la unidad (1).

### § II.—La guerra á los conquistadores.

N.º 1.—*El amor á la humanidad*.—*Voltaire*.

#### I

El conde de *Maistre* dice de *Voltaire*: «Suspensión entre la admiración y el horror, á veces quisiera hacerle levantar una estatua por mano del ver-

(1) *HERDER*, *Blikke in die Zukunft für die Menschheit*, números 15, 16.—*Zur Philosophie der Geschichte*, VII, 5.—*Briefe zur Beförderung der Humanität*, XXIX.